

AMORES DE INVIERNO

Francisco Miguel Cubero Lorón



Capítulo 1

Amores de invierno

Zaragoza, en invierno..., no, no es el Polo Norte. Ni la tundra siberiana. Pero cuando sopla ese viento del noroeste llamado cierzo, muchos habitantes de la ciudad buscan cobijo en alguno de los abundantes bares que allí existen y se deleitan con un simple cortado para entrar en calor porque ese viento sorprende en las esquinas a las ancianas desprevenidas, y hace insufrible el cruzar el río Ebro por alguno de sus puentes cuando sopla fuerte que, por desgracia, es su estado natural. También hace inútiles los datos que se desprenden de las líneas de mercurio en los termómetros, porque sus 5º científicos, se transforman en unos -5º humanos, bajo su ley del más fuerte.

Así que Javier Monarre, recién jubilado como funcionario del Ayuntamiento porque acababa de cumplir los 60 años, y residente de toda la vida en el barrio de la Magdalena con sus estrechas calles para nada rectilíneas ni largas que no te protegen de la humedad o del frío, aunque sí del viento, se convertía cada mañana en un refugiado apolítico de la antigua taberna conocida como "Casa Amparito", que parecía haberse quedado atascada en el tiempo sólo por el empeño de los distintos dueños en no cambiar nada aunque no hiciera falta. Al fondo del local, Javier tenía su guarida en una de sus mesas de mármol blanco, a esas horas tempranas en que a la gente todavía no les daba la gana de ir a tomarse unas salmueras con vermú "de la casa", porque eso se hacía a partir de las doce del mediodía si eras un jubilado como Dios manda, o por las tardes, cuando los que sí trabajaban se reunían allí con los amigos e intentaban discutir por algo entre salmuera y salmuera, que el vermú se encargaba de amansarlas una vez ya instaladas en sus estómagos.

Se le reconocía fácilmente porque iba vestido de bohemio español de los años 60, que poco tenía que ver con la auténtica bohemia parisina tan de negro ella, como una Édith Piaf o un Jacques Brel, sino la de los de aquí que, aunque sí escuchasen sus canciones de atormentados amores..., su estilismo era distinto, obsesionados como estaban en no parecerse en nada a la estética de la burguesía de la época, feliz ésta con el ordeno y mando del franquismo imperante. Los bohemios aquéllos soportaban el frío con sus jerséis de cuello alto, chaqueta raída y bufanda larga, calentándose por dentro con los mismos cigarros baratos que los proletarios de la época: faltaría más.

Bueno, pues así aparecía cada mañana para tomarse su café con leche con un croissant pasado por la plancha, "un toque sólo, nada más, ¿eh...?", que le repetía invariablemente al mismo camarero, quien ya

sabía de sobra cómo le gustaban así que ni le escuchaba porque, en cuanto lo veía amanecer por la puerta, iba directo a la máquina del café a preparar su café con leche y le daba al de la cocina el croissant, añadiendo: "para el de siempre". Era su rutina cuando todavía "Casa Amparito" seguía bostezando a esas tempranas horas.

"Sopla fuerte hoy, ¿eh, Fernando?", decía Javier Monarre a modo de saludo, que se iría repitiendo, seguro, con cada cliente que entrara a refugiarse del cierzo, casi más que a tomarse algún cortado o el aperitivo de rigor, ya más avanzada la mañana.

"Sopla..., sopla, sí señor", respondía indiferente el camarero en su rutina de trajinar en la máquina del café, a la vez que colocaba vasos limpios en las estanterías, o situando las primeras tapas recién salidas de la cocina, que servían de almuerzo para los que trabajaban por la zona y hacían un alto en su labor.

Javier, había sido funcionario para ganarse la vida pero lo suyo hubiera sido, escribir. Así que ahora que tenía mucho tiempo libre, que sus hijos ya estaban criados, cada uno por su lado, y estando viudo desde hacía unos 8 años en que un cáncer mató a su mujer, pues la casa vacía se le venía encima y sólo en su refugio de "Casa Amparito", encontraba el calor humano a su alrededor que le inspiraba para continuar con la novela recién comenzada, y que llevaba soñando escribir toda la vida.

Mientras no pudo desarrollar su faceta de escritor, se había dedicado a la lectura. Y había leído mucho y, cada escritor, y el estilo de cada uno de ellos le servía de estímulo haciéndole decir: "Así, como éste: así me gustaría escribir a mí". De modo que recorrió a lo largo de su vida, casi todos los modelos literarios. "Aunque mejor que como éste sólo, sería..., montar un sincretismo de todos ellos", se decía como si ya hubiera encontrado el estilo que reuniría a lo mejor de cada casa. "Pero..., eso sí: de estilo realista, como la vida misma", sentenciaba a menudo para que nunca se le olvidara ese compromiso consigo mismo cuando le llegara el momento de sentarse ante la hoja en blanco.

Y ese momento, ya hacía días que le había llegado, decidiendo que la escribiría sobre alguna de esas mesas de mármol, y que sería de amor ahora que en su soledad, más de ese amor iba comprendiendo y necesitando. Y sería aquél tal cual él lo sentía ahora, y no del todo como ese señuelo con el que la Vida nos tienta, nos seduce, en el que te ofrece comerte primero los postres más dulces, para acabar todo el recorrido hacia la devaluación del amor, en los entrantes de verduras que sólo aportan fibra, vitaminas y minerales, pero sin apenas proteínas y ninguna explosión de sabor con qué sorprendernos.

Así que el tema iría sobre el amor, sí, pero el del amor tardío, el que ocurre en el invierno de nuestras vidas, que aunque se empiece por los

postres como forma de enganche emocional, ya no habrá tiempo para tener que comerse también los primeros platos de esa comida inversa, tan saludables según los médicos, como flatulentos. En esa carta de restaurante de que tratará la novela de Javier Monarre, sólo figurará: "Postres" y, con suerte, "Segundos Platos", a los que tal vez se llegue ya con el hambre gastado, saciado..., o te cierren definitivamente ese establecimiento "por cese del negocio", que es inevitable.

Abrió su carpeta donde guardaba los folios ya escritos, que sacó y colocó sobre la mesa, poniendo sobre ellos su pluma estilográfica, única herramienta de trabajo ya que el ordenador no era, según él, un ser vivo. No transmitía carácter, sentimientos, inflexiones, euforia, o fatiga. Su estilográfica, perezosa para las correcciones, le obligaba a meditar, antes, cada palabra encadenada en la frase, y cada frase en el párrafo que decidía que las contendría. Daba igual, no tenía prisa. Ningún editor le esperaba ni le urgía a que la acabara. Y la Academia Sueca, tal vez ni conociera dónde se encontraba Zaragoza, como para saber quién fuera Javier Monarre.

"Marchando un café con leche, y el croissant ligeramente pasado por plancha, como a Vd. le gusta, Javier", dijo el camarero cuando le trajo el desayuno con el que lograr las fuerzas necesarias para enfrentarse a esa novela que no le estaba facilitando las cosas.

Apartó Javier la carpeta y los folios colocados en dos montones, uno, con muy pocos folios ya formando parte de la novela y, otro más grueso, con los que la completaría. En la parte libre del mármol, Fernando colocó el café con leche, el plato con el croissant y los cubiertos envueltos en una servilleta de papel blanco, despidiéndose con un "que aproveche", al que correspondió su cliente con un "gracias" sincero, porque ese desayuno le encantaba.

Mientras masticaba y saboreaba un trozo de croissant empapado previamente en el café con leche, iba releendo las dos últimas páginas que había escrito ayer y se deleitaba con ambas cosas que eran dos placeres distintos pero complementarios: la satisfacción por lo escrito, y masticar esa masa tan amable en su boca. Y así, sin prisas..., hasta que la lectura de repaso y el desayuno, se acabaron. Ya estaba listo para continuar con su novela.

La campanilla de la puerta del bar sonó porque alguien estaba entrando en el bar. Javier, miró instintivamente por encima de su gafas de ver de cerca, y reparó sin gran detenimiento que entraba una mujer vestida con un chándal azul oscuro, con las tres líneas blancas que recorrían mangas y perneras. Sobre esa prenda deportiva, un chaleco color mostaza muy llamativo y, en su espalda, una pequeña mochila roja.

Ahora, ya, comenzó a mirarla más detenidamente. Supuso que tendría como unos 55 años, bien parecida, bien conservada, y el pelo corto a mechones pinchudos de un rubio muy claro, casi platino. El chaleco, cerrado todavía con la cremallera, se adaptaba a su cuerpo remarcando su pecho, su cintura y el inicio de sus caderas, todo muy bien dibujado. Interesante, sí, pensó Javier.

Intentó volver al hilo de la novela, pero su mirada, se iba hacia aquella mujer que acababa de entrar y que lo desconcentraba.

"Maruja se dirigió a Rafael..., se dirigió a Rafael... y le dijo...", y se quedó atascado en el inicio de un párrafo que tenía que ser muy importante en la trama, porque con el rabillo del ojo no podía evitar el observar que la mujer se había sentado en la mesa de al lado. Ahora, hasta su aroma, ignorando si inventado o no, le llegó hasta él.

"Buenos días", le saludó ella.

"Ho... hola, buenos días... Mal día para hacer deporte, ¿no?", acertó a decirle esperando que ese tema fuera de su interés.

"Bueno..., lo que yo hago..., no es propiamente deporte. Hago una caminata diaria con algunas amigas, charlamos, y se nos queda la conciencia tranquila porque después, ya, te puedes dar algún capricho con las comidas", y se sonrió como si la hubieran pillado en una falta leve.

"¡Ah, perdón...!: soy Javier Monarre. Aquí estoy, que he entrado a trabajar como escritor para mí mismo, recientemente. Éste es mi despacho", le dio la mano, sonriente, mientras se presentaba.

"Muy acogedor, sí. No había estado aquí..., desde que era niña. Es que hoy he salido sola a hacer la caminata porque mis amigas, por una razón u otra, no han podido. Y solemos parar en otro sitio, porque el recorrido que hacemos cada día, no nos trae por aquí.

De pequeña, viví en este barrio y, hoy, sola, me ha entrado nostalgia, y me ha apetecido caminar por estas calles que tanto recorría entonces. "Casa Amparito", ya estaba en aquella época. Lo he visto..., y me ha apetecido ver cómo estaba ahora. Veo que sigue igual que entonces. Me llamo Celia. Celia García. Encantada", terminó ella.

"Cuánto debo agradecerle, pues, a esa nostalgia", añadió Javier con ironía.

"Escritor..., ¿eh...? Se os nota, a la legua. No vale hacer trampas con las palabras, que se os da muy bien. No te importa que te tutee..., ¿no?",

le dijo ella, halagada.

"No, no me importa..., si te sientas conmigo y, así, te invito a lo que tenías previsto tomar. No abuses de la carta, que soy un recién jubilado de forma anticipada, y, ya sabes, nos descuentan un montón por ello. ¿Qué quieres tomar, y llamo al camarero?", le preguntó. Ella, accedió a pasarse a su mesa y se sentó con él.

"Un cortado, y uno de esos bocadillines de tortilla de patata que hay. Tienen buena pinta", le dijo echando una mirada de soslayo a las páginas que tenía escritas sobre la mesa.

"He visto que los acababan de sacar, así que aún estarán calientes. ¿Nada más? Aprovecha, que aún está todo eso dentro de mis posibilidades", dijo Javier riéndose.

"No, nada más. Bueno..., ¿y qué escribes, si puede saberse? Yo, soy una lectora empedernida, de modo que esto me interesa", le dijo Celia, una vez bien acomodada en la otra silla de la mesa de aquél su despacho.

"¡Fernando, por favor..., cuando puedas!", elevó la voz Javier para atraer la atención del camarero, que acudió enseguida.

"Aquí, la señorita, que quiere un bocadillo de tortilla de patata de esos que acabas de colocar en la barra, y de beber..., perdón Celia... ¿qué quieres tomar para beber?", le preguntó a la chica.

"Una caña pequeña", contestó ella.

"Pues, eso, y una caña de cerveza. A mí..., me traes un cortado, por acompañarla más que nada".

"Muy bien. En un momento lo traigo todo", dijo el camarero alejándose hacia su zona tras el mostrador.

"¡Uy, "la señorita", qué raro me ha sonado eso! Anda, que no hace años que dejé de ser señorita. En realidad, ni por edad, ni por mi estado civil..., no sé qué soy. Porque tengo 56 años ya, y porque aunque estoy casada, llevo en trámites de separación..., ni lo sé el tiempo. Ni mi marido, ni yo, tenemos dinero para todos esos trámites. Bueno, en realidad..., no es que yo no tenga el dinero, no: más bien es..., que no tengo ganas de tener que ponerlo yo, todo. Él es el que se quiso separar porque conoció a una chica joven, que hay que ser tonto, tonto..., de 32 años, y se enamoraron. Anda..., no me jodas. Y el caso es que la chica es mona, no imagino qué pudo ver en él. Igual me estuve perdiendo algo en todos esos años en que convivimos..., y no me di cuenta. No sé si me explico", terminó, dudando si tantos detalles de su vida a un desconocido del que

nada sabía de él, era procedente.

"O sea: tu marido se quiere separar de ti, pero es quien no tiene el dinero para llevarlo a cabo, ¿no? ¿Y no sería mejor, digo yo, que si tú te quieres liberar de esta situación de indefinición, y te lo puedes pagar..., que te lo pagaras?", preguntó Javier, un tanto perplejo porque lo que debería ser una iniciática conversación insustancial, iba derivando hacia unas intimidades más propias de personas que se conocen desde hace tiempo.

Algo en ellos dos, hacía que el siempre complejo tema de una separación, lo hubieran comenzado a tratar como algo normal, amparados en una recién estrenada confianza.

"Un momentito, señora y señor...: aquí tiene su tortilla..., su cañita..., y el cortado. Y la nota. Es de cebolla, que no se lo había dicho", aclaró el camarero.

"El camarero te ha dicho, "señora". ¿Te gusta más, así?", sonrió Javier para provocarla.

"Tampoco me siento identificada con ese apelativo tan formal. Eso es..., como para mujeres más mayores. ¡Por Dios: ni que tuviera 56 años!", y se echó a reír de su propio chiste. "Ni señorita..., ni señora: Celia", aclaró para salir de esa contradicción.

"Y volviendo a si me quiero gastar o no mi dinero en "liberarme", que tú has dicho: tengo el dinero, sí. Soy autónoma, porque me dedico a hacer traducciones de inglés y alemán para varias editoriales, así que me gano bien la vida, aunque nunca sepa cuánto voy a cobrar cada mes. Y tengo unos ahorrillos, por culpa de un seguro de vida que cobré cuando hace unos años, mis padres murieron en un accidente de tráfico, arrollados por un camión porque se durmió el chófer.

Podría gastármelo..., pero no me da la gana. ¿No quería una novia, y joven? Pues que se la pague él. O ella, que para eso trabaja en la General Motors. El piso en el que vivo, lo heredé de mis padres al fallecer y, antes, vivimos siempre de alquiler, así que no tenemos nada que repartirnos.

Anda que..., lo tiene crudo. De jefe de ventas que estaba antes en una empresa reestructurada, ahora va de repartidor para esa misma empresa. Y con 59 años que tiene..., tampoco encontrará ya nada en donde le paguen más. Y la novieta, con ya 36 años, cualquier día le dirá que quiere un hijo y le convertirá, en una tacada, en padre y abuelo. Eso, si no lo deja plantado porque se le haya curado la tontuna a la chica.

Pobreta, qué favor me hizo, aunque siempre joda que sea el otro el que te deja a ti. No es mal tío, no, pero daba poco de sí", concluyó Celia su

confesión.

"Pues ya casi me has contado toda tu vida. Me siento deudor de tanta confianza por tu parte, así que si quieres, te cuento yo un poco de la mía", dijo Javier, no sabiendo si Celia tendría la misma disposición para oír la vida de los demás, que contando la suya.

"Eres escritor, me has dicho. En la mayoría de las personas, eso, suele ser un defecto porque tienden a escribir sólo contando las putadas que les ha hecho la vida, y dando el coñazo a los demás, con eso. Pero si tienes imaginación, y sabes describir correctamente vidas inventadas y ajenas a la tuya..., pues puede ser un mérito. Soy todo oídos", que era su forma de decirle que estaba interesada en saber sobre qué escribía, y a qué dedicaba el tiempo libre.

"Mujer, si todo el que escribe, es escritor..., pues soy escritor. Pero no es así, porque más que escritor, es..., que estoy escribiendo. Y no hablo de mi vida ni de las amarguras que como funcionario del Ayuntamiento que fui, no he sufrido. Quiero escribir una novela de amor. Otra más, ya lo sé. Pero es que el amor está en el aire, como decía aquella famosa canción de cuando yo tendría como unos 18 años y que cantaba John Paul Young. Tú, ni te acordarás porque ni habrías nacido todavía.

Bueno, pues eso, que va de amor, y del más normalito: un señor, y una señora. O un chico y una chica, lo que prefieras. Será, si logro acabarla..., mi primera novela.

Y de mi vida..., pues que estoy recién jubilado de funcionario, que tengo el piso totalmente pagado..., que soy viudo desde hace 8 años por culpa de un cabrón de cáncer que mató a mi mujer..., que nos llevábamos muy bien..., y que me costó bastante tiempo aceptarlo. Ahora, también estoy en lo de superarlo. Tengo dos hijos y tres nietos, a los que veo sólo muy de vez en cuando gracias a mis nueras. Y como remate de la feria te digo que, en mi caso, la soledad no me gusta: me llevo fatal con ella.

Sí me gusta ir al cine, leer, y muchos fines de semana me subo al Pirineo para ver montañas. Encuentro muchas otras cosas por allí, pero sólo busco las montañas. Una manía. Y, ya..., pues poco más", concluyó Javier esquivando la mirada de Celia porque le dolía repasar en su ficha los pasajes tristes que le hacían brillar los ojos.

"Bueno, yo creo que tendrás más cosas que enseñarme de ti en otro encuentro, si me dejas que sea yo quien te invite a algo parecido a lo de hoy. Las cosas que me has dicho que te gusta hacer, también me gustan a mí. A alguna de esas voy con mis amigas, pero no es lo mismo. Ellas son como yo en lo de cómo sienten la vida. Y eso está bien..., a ratos. Pero si sólo te juntas con personas que ven el mundo con una mirada muy parecida a la tuya propia, y nos dedicamos a caminar siempre en

círculo..., pues es un poco parecido a hacerse uno trampa jugando al solitario: siempre te dejas ganar a ti misma, porque todas nos damos siempre la razón.

A veces, una visión masculina de la vida que te haga analizar el entorno de otra manera, también la necesito. Si es de las inteligentes, claro.

Oye..., está muy buena esta tortilla. ¿Porqué, mejor, no me lees un poco de eso que ya has escrito y veo cómo y de qué va?", le pidió Celia, con gran curiosidad.

"Es que está sin corregir y seguro que no te gustará. No sé, me da corte leértelo porque es como si hurgaras con ello en mi cerebro cuando estoy aún indefenso ante ti y prefiero que me leas una vez nos conozcamos algo más, si tú quieres. Y así, tal vez entiendas mejor mi novela. Jo, qué pretencioso: "novela". O me comprendas mejor a través de ella, no sé. Igual, tú y yo sólo somos la novela que alguien esté escribiendo de nosotros en estos momentos y, seguro, aún no tiene claro qué hacer con sus dos personajes: Celia y Javier.

Algo parecido me pasa a mí con mis protagonistas: Maruja y Rafael, que he decidido que se tienen que enamorar, y que no puede suceder ni demasiado pronto, ni dejarlo para más adelante. También son mayores, y tampoco se lo pueden estar pensando eternamente", explicó Javier.

"¿Qué significa ése "también son mayores"...: como nosotros, quieres decir...?", le preguntó Celia, suspicaz, e intrigada por lo que podría estar significando para él, esa expresión aparentemente anodina.

"N... no..., no quería decir eso, no. Bueno, sí, qué joder, no lo quería decir, pero lo he dicho. Es verdad, son mayores. Y nosotros, también. No somos viejos, claro que no, pero ya sabemos de qué va todo esto, cómo funcionan las cosas, cuanto duran, cómo conservarlas o cómo joderlas si nos descuidamos. Nuestras ilusiones son más contenidas, menos ilusas, más cínicas si tú quieres y eso es lo que les pasa a Maruja y a Rafael, que están ahí luchando entre lo que sienten y lo que razonan.

Es una carrera mucho más corta que cuando tienes 20 años, porque ya ves venir las cosas antes de que ocurran siendo la vida como es, y no hay tiempo ya para inventar otra distinta. Bueno, ni los jóvenes podrán hacer una vida distinta aunque crean saber qué males han estado afectando a la imperfecta relación de sus padres, así que ellos creen no volver a cometer las mismas torpezas que agusanan esos amores antiguos.

Tenemos los mismos mimbres que todas las generaciones anteriores. Es verdad que ahora vivimos mucho mejor y, eso, tensa menos la convivencia y facilita las cosas. Pero también el amor, como los enamorados, envejece. Cada día, arruguitas imperceptibles avanzan en su

piel. Gota a gota, si éstas no cesan, se forma un charco, que se convertirá en balsa, que se volverá laguna, que se hará lago, mar..., y océano. Y si pudiéramos vivir y seguir ese proceso del ejemplo que duraría miles de años..., nunca veríamos qué gota es la que cambia el charco en balsa, ni el lago en mar.

Algo así, creo que pasa con el amor. En el mejor de los casos, si perdura, se va transformando en algo diferente de lo que fue al inicio.

Yo quiero que mis personajes se decidan y apuesten por ser felices, pese a ser distintos e imperfectos. O si gracias a esas dos "cualidades", lo serán si se sabe encajarlas bien como dos piezas de un puzzle..., y lo consiguen. Quién sabe.

Perdón, creo que me he venido arriba. No te la quería leer, pero casi te cuento toda la trama si me descuido", dijo Javier, algo avergonzado por su rollazo.

"Vale. Mejor, me esperaré a que la tengas terminada. Es curioso que, en estos tiempos, alguien aún escriba a mano, y con pluma estilográfica. Pero en tu caso, que tienes una bella letra..., te queda muy bien. ¿No es muy engorroso escribir así? Por las correcciones y todo eso, lo digo", preguntó Celia, quien ya se había acabado la tortilla y la caña de cerveza.

"Tengo más sed, me ha sabido a muy poco esta cañita. ¿Nos pedimos otra ronda de beber? De comer no, que ya me es suficiente con el bocadillito. Aunque si no tienes miedo al cierzo ni al frío, yo mejor me iría paseando hasta un bar que no está lejos. Se está bien aquí, pero por estirar las piernas. Lo malo es que no te dejaré escribir esa historia de amor tan bonita, aunque no sé si muy romántica", propuso ella.

"Las historias de amor, siempre han sabido esperar. Los amantes..., no tanto. Así que como no le tengo miedo a este invierno que parece pintarme un tentador tranvía que pasa para que me suba en él..., acepto esa invitación. Pago, y nos vamos. Que la suerte me acompañe, venga", dijo Javier yendo hacia la barra para pagar las consumiciones. Celia, mientras, miraba absorta a través del cristal de la puerta que el cierzo hacía tambalear a los viandantes quienes, con los cuellos de sus abrigos alzados, lo desafiaban resignados cagándose en la madre que lo parió, pero sin rendirse por ello.

Javier, le abrió la puerta a la chica, notando al instante en su cara lo que acababa de estar viendo a través del cristal. Se agarró fuerte al brazo de Javier y éste, se dejó guiar hacia donde ella le llevara. En esos momentos, el destino, el viento, y el frío..., le eran indiferentes al sentir que Celia, se apretaba a él con la excusa de tan desapacible mañana.

Por fin, llegaron a otro bar donde nada más entrar, la saludaron:

"Buenos días, Celia..., vaya mañana has elegido para tu caminata diaria, ¿eh...?", le dijo una camarera.

"Sí, bueno, qué se le va a hacer. Hoy, mis amigas, creo que se han buscado todas la excusas para librarse. Bueno, hoy vengo con un amigo, así que... creo haber salido ganando. ¿Qué vas a tomar?", dijo dirigiéndose a Javier.

"Un cortado", respondió mientras se deshacía de la ropa de abrigo.

"Pues que sean dos, Maricarmen. Y que quemen, please", le pidió a la camarera mientras dirigía a Javier hacia una de las mesas que se encontraban vacías, y que estaba pegada a una cristalera que daba a una calle más ancha y luminosa que las habituales en ese barrio del casco antiguo. Y allí se sentaron a esperar que llegara Maricarmen con sus cortados al rojo vivo.

Sin saber muy bien cómo volver a retomar la conversación, él, recordó una pregunta de ella, no contestada al irse de "Casa Amparito".

"Lo de la pluma...", comenzó.

"Lo de la pluma..., ¿qué pluma?", preguntó ella sin acordarse.

"Sí, lo de que porqué escribo con pluma estilográfica, que me has preguntado antes. Supongo que además, querías decirme también que porqué no uso un ordenador como todo el mundo", dijo sonriendo porque había adivinado su pensamiento. "Y gracias por lo de que tengo una bella letra", añadió para aprovechar la sonrisa ya empezada.

"La verdad es que todo tú, tienes un aire retro y algo de antisistema trasnochado, como si te negaras a cambiar por cambiar, o porque no te gustara que la sociedad te incluya en la manada sin pedirte permiso para cada cambio que produce. Bueno, a mí me gustan las personas que tienen su personalidad propia, más que los papanatas que se apuntan a lo último que sale, si nos referimos a cosas no trascendentes. Hombre, pero un ordenadorcete..., te vendría muy bien, digo yo", y se rió de la cara que puso Javier porque le estuviera llamando antiguo.

"Que tengo ordenador, lista, que eres una listilla..., sólo que no lo uso para escribir mi novela. Y si empleo pluma estilográfica, es porque a través de ella siento como una conexión con su suave deslizarse por el papel, entre lo que pienso y cómo lo traduzco a palabras para ser leídas, que tendré que ir considerando cuales son las más apropiadas.

¿Contestada tu pregunta?", ironizó Javier.

En fin, esto que parecía el inicio de una gran amistad, continuó entre risas, entre reflexiones serias y bromas, y el rato se les hizo muy corto. Los dos notaban que tenían buena conexión y que se sentían a gusto con la compañía del otro.

Pero..., también tenían a toda la otra parte de sus vidas a la que atender, y debían despedirse. Fuera, el frío y el cierzo desanimaba a cualquiera para abandonar una agradable conversación y aquél confortable y cálido lugar, así como los buenos cortados que allí servían. Para compensar semejante valeroso acto de abandono, decidieron que era inevitable volverse a encontrar. Javier, perdonaría el tiempo a dedicar a la novela y, Celia, el que les daba a sus amigas. Lo tenían claro: había que seguir explorando esa veta dulce, para ver a dónde les conduciría.

Se intercambiaron números de móvil, direcciones de correo electrónico, y la voluntad de llamarse dentro de dos o tres días, para quedar. No obstante, Javier le recordó que él estaría como cada mañana, en "Casa Amparito", tomándose su café con leche, su croissant vuelta y vuelta nada más, tratando de seguir con su novela, por si Celia quisiera modificar el recorrido de su habitual caminata y canjear a sus amigas por él..., que era un valor seguro.

Ese día, en la hora de la comida, cuando ya hubo calentado el resto de la comida hecha el día anterior porque cuando se ponía a guisar, era previsor y pensaba en los días venideros..., notó que la emoción que sentía le había anulado el apetito, y que hoy no tendría que luchar contra él para mantenerlo a raya. Pensaba en Celia, en que le había gustado, en que le gustaría gustarle, y empezó a repasar toda la conversación que habían tenido: las cosas que no debió decir, o haberlas dicho de otra manera, y qué otras no resaltó de sí mismo que, ante ella, pudieran haberle dado valor, más valor.

Apenas hacía tres horas que la había dejado, y echaba de menos el brillo de su pelo de erizo plateado, sus ojos como dos mares en miniatura, su sonrisa carnal, y sus risas luminosas cuando le contaba algo que le hacía gracia.

"Celia", "Cé-lia", "C-e-l-i-a", repetía mentalmente en su cabeza para ver si era un nombre polifónico y bello en sí mismo, o era ella la que lo adornaba.

Sacó su móvil, miró los contactos y allí estaba su nombre: "Celia", sin más, intercalado entre los de "Carlos Magallón", y "Centro de Salud"..., y le entró un pánico pequeñito. ¿Y si se le borraba de forma accidental? Bueno, le quedaría la posibilidad de comunicarse con ella por el correo electrónico. Dudó de esta segunda opción porque le había dicho, sin darle

ella mayor importancia: "se me pasan días sin mirarlo...".

"Joder..., ¿cómo puede ser que si uno tiene un correo electrónico, no lo mire? ¿Y si es algo urgente? No sé..., pueden pasar mil cosas, que pierda el móvil, o no tenga cobertura..., esta chica no es previsora y se lo advertiré, así..., como el que no quiere la cosa, no se me vaya a enfadar, que debe de controlar más a menudo qué correos importantes recibe porque, igual no ha caído en eso. Sí, se lo diré el próximo día que nos veamos", pensó dando vueltas a las borrajas con patatas, sin tocar, que ya se habrían enfriado.

Ahora que ya se le había pasado el efímero enfado con ella por su desidia ante los e-mails, la volvía a ver marchar tras despedirse y sintió un regusto interior al recordar cómo su chaleco color mostaza, tan ajustado, le marcaba un tipo más propio de una treintañera, con ese culo garboso remarcado en azul marino Adidas, que hacía innecesario que su chándal tuviera que ser de marca. Seguro que esos de mercadillo, "3x1", se hubieran amoldado todo dóciles, a esa hermosa y nerviosa grupa.

"¿Y si sólo me ha utilizado para pasar la mañana porque estaba sola, abandonada por las amigas, y se me ha pegado porque no tenía cosa mejor que hacer?", les preguntaba a las borrajas sumido todo él en un mar de dudas, pareciendo que aquellas, en sus silencios de verdura, le estuvieran dando la razón.

Volvió a mirar el nombre de la chica en su móvil y acarició con sus dedos el trocito de la pantalla en el que aparecía, imaginando que con ese suave y sedoso acto, ella sentiría de alguna forma su caricia sobre los píxeles coloreados que formaban su nombre.

De repente, el teléfono comenzó a vibrar, y los vehementes acordes de "A las barricadas" comenzaron a sonar con brío inesperado, y se asustó sacándole de su ensoñación. Vuelto en sí, comprobó que el nombre de "Celia", aparecía como la persona que le llamaba. El corazón se le puso a 100 por hora, y en unas milésimas de segundo, se le pasaron por la cabeza todas las posibilidades que encerraba esa llamada, y de todas ellas se temió que no podía ser ninguna, buena. Básicamente..., que Celia no quería saber nada de él, porque era una mujer libre que no deseaba ataduras de ningún tipo.

"Sí..., dime, Celia", dijo con una voz que él sí que notó, temblorosa.

"Perdona que te moleste pero, es que estaba aquí en casa y me he estado acordando de ti todo este rato. Quería decirte que igual mi despedida ha sido un poco sosa y que no sé qué imagen se te ha podido quedar de mí, por irme como si tuviera ganas de dejarte ahí. Así que..., sólo es que supieras que lo he pasado muy bien contigo. Y..., que tengo ganas de leer tu novela. No necesitaré ni que la termines. Bueno, más

bien, que no podré aguantarme hasta entonces porque, como imagino que ese proceso no se hace en cuatro días, me matará antes mi curiosidad.

De modo que te voy a pedir que cuando nos juntemos de nuevo, mañana, o pasado mañana, no sé..., cuando tú quieras, que me dieras permiso para leer lo que tengas escrito.

A ver si es verdad que de ese modo, también pueda conocerte un poco más a ti. Sólo quería eso". Hizo una pausa Celia de unos segundos en los que Javier no salía de su grato asombro sin saber qué decir, y continuó: "Bueno, eso..., y volver a oír tu voz otra vez. ¿Te ha sabido mal?", dijo terminando ella con una voz que le pareció salirle insegura.

"¿Saberme mal...?: qué va, al contrario porque yo tenía ganas de hablar otra vez contigo y justo estaba tentado a llamarte con cualquier excusa cuando ha sonado tu llamada. Pero estaba dudando para no hacerme el pesado por si lo de esta mañana no había significado nada para ti.

Y no, no..., no me ha parecido para nada que hubieras estado sosa en tu despedida. Además, y no te pienses que con esto quiera perderte el respeto, no, pero es que tu imagen posterior al caminar tras despedirnos..., me ha dejado tonto perdido mientras me fijaba en el inquieto ondular de tu figura. Ésa ha sido tu última imagen que se me ha quedado. ¿Seguro que no te añades años y que tienes muchos menos de los que alardeas? Así que con ese conjunto deportivo que llevabas y que tan bien se adaptaba a tu cuerpo estabas..., arrebatadora.

Y con lo de la novela en construcción..., cuenta con ello: será un placer de qué tú leas lo que llevo escrito cuando..., mañana, nos juntemos de nuevo en "Casa Amparito" para desayunar y me des, eso sí, tu sincera opinión. Y si por ello me adivinas antes de tiempo en lo de cómo soy en realidad..., pues mala suerte, qué se le va a hacer: el que no se atreve, no cruza la mar.

Bueno, pues eso, que mañana..., allí estaré sobre las nueve y media, por si quieres leerme o charlar un rato. Espero pagues tú el desayuno en concepto de derechos de autor..., que no sé estos hasta dónde llegan", dijo riendo un poco forzado para ella notara que iba de broma esa última exigencia. O, quizás, no tanto.

"De los derechos del autor..., ya hablaremos en su momento. Mañana, intentaré estar allí, a ver si me dejan mis amigas. Algo les contaré para poder escaquearme. Por una buena novela, se puede mentir un poco, ¿no?", le respondió Celia.

"Vale, ya me llevaré "Cien años de soledad", para que puedas mentir más y mejor. Yo, allí estaré, no lo olvides. Ni te dejes en casa todo eso que se adivinaba esta mañana bajo tu ropa de caminar por esta

inclemente Zaragoza. ¿All right?", se aseguró él.

"All right, Javier. Hasta mañana", terminó ella y cortó la llamada.

Esa noche, Javier Monarre, el que sabía imaginar el amor en otras vidas distintas a la suya y comenzado a distribuirlo en las primeras 15 hojas escritas con pluma estilográfica sin apenas tachaduras, con las ideas no siempre claras pero sintiéndose Dios al poder decidir qué les tenía que ocurrir a Maruja y a Rafael, dos tipos normales y corrientes atados por el destino que Javier les impusiera porque así le salía de su pluma..., ahora, el autor de esas dos vidas de tinta..., no podía dormir.

Su pensamiento sobre su futuro y el de Celia, fluía veloz y contradictorio imaginando mil salidas distintas a esa historia que acababa de empezar y que los indicios revelaban que tuviera el impulso de ambos. Lo que tanto le estaba costando con sus dos personajes de ficción para cuadrar el realismo con el que dibujarlos, y necesitando que fueran felices sin que él les obligara porque no se puede exigir a nadie el ser feliz..., temía ahora que su fuerte y repentina esperanza en una nueva vida acompañado y acompañando aunque fuera sin saber el hasta dónde ni el hasta cuándo..., le impedía dormir por si no se hacía realidad.

Qué corte de mangas tenía ganas de hacerle a esa soledad metida hasta los tuétanos desde hacía 8 años, así como al vacío que la Vida le había dejado cuando con un simple peón hecho de células malignas, le había comido su valiosa reina en una inevitable jugada que ya se empezó a temer unos dos años antes, por mucho que familiares y amigos le repitieran hasta la saciedad: "Ahora es distinto..., ahora hay muchos adelantos", frase ni mentirosa ni cierta del todo, a la que él se aferró porque sin su reina, el jaque mate le llegaría después más pronto que tarde.

Pero ahora, aparecía una Celia en el tablero que no podía decirse aún, si sería la pieza imprecisa con la que poder seguir su partida y acabar ganándola. Su reina, su primera reina, siempre estaría guardada en la caja de tapa corrediza, y que formó una parte muy importante en todo lo que jugaron juntos desde que se conocieran un día.

Igual, esa misma Vida, le estaba ofreciendo ahora la posibilidad de seguir el juego recuperando una pieza de similar valor, tal y como se hace con los niños que están aprendiendo y que se les ponen los ojos llorosos si pierden algo así, porque no contaron con la tenacidad de los numerosos peones del contrario y, el que les enseña, les da otra oportunidad dejando que recuperen la pieza perdida. Tal vez, Javier, también se había hecho merecedor de una segunda oportunidad.

Miró el reloj de la mesilla, y marcaba las tres y diez de la madrugada: aún faltaban más de 6 horas para ese desayuno de cada día. Bueno,

igual..., igual no era tan igual que como siempre, aunque al cierto se le siguiese oyendo perseguir a los escasos y obligados transeúntes de esas horas, refunfuñando a rachas contra las persianas de las ventanas para incordiar a los durmientes. También el frío que, como las hadas, tenía capacidad de atravesar las paredes..., obligó a Javier a colocarse las mantas hasta tapar por completo su cabeza desvelada.

Intentó centrar su atención en la novela y aprovechar ese tiempo de vigilia para darles un poco de energía a Maruja y Rafael, que se le habían quedado relegados en un segundo plano. Pero fue en vano porque continuó con el dibujo de su propio futuro hasta caer vencido por el sueño en el que el gritón despertador de las 7 de la mañana, le pilló desprevenido .

Comenzó con las rutinas de cada día tras levantarse, hasta que llegó la hora de vestirse, algo que hacía siempre de forma mecánica y sin perder demasiado tiempo en elegir las prendas adaptadas a su imagen enquistada en el pasado. Pero hoy, se paró ante su armario con las puertas abiertas de par en par, recordando lo que Celia le había dicho el día anterior: "La verdad es que todo tú, tienes un aire retro y algo de antisistema trasnochado, como si te negaras a cambiar, bla, bla, blá...", y se quedó mirando todo su no muy numeroso repertorio de prendas tristonas, baratas, compradas en mercadillos ácratas entregados en alguna causa noble, o de ONG's que se desvivían por aportar con la venta de ropa muy económica, esa pequeña ayuda con la que paliar alguna hambruna, terremoto, o riada aunque, eso sí, respetando el medio ambiente y el uso de fibras naturales que serían tejidas, invariablemente, en alguna cooperativa perdida en los Andes con imposible ánimo de lucro, o por mujeres estigmatizadas por su viudedad, en cualquier ciudad de la India.

Y como de repente, vio allí, medio olvidada al final de la barra de los colgadores, la ropa con la que había asistido a la boda de una sobrina de su mujer, haría como unos tres o cuatro años. Y como no quiso dar la nota como persona muy al margen de convencionalismos, así como por respeto a su mujer que adoraba a esa sobrina, fue a Zara y, dejándose aconsejar por la dependienta a la que pidió algo informal pero no demasiado ya que era una boda, y en un pueblo, pues se compró algo más moderno y de colores acompasados tanto entre el conjunto de las prendas elegidas, como con lo que se llevaba en esos momentos. A veces..., había que "tragar", no quedaba otra.

Quizás, ahora, un cambio de look en estos momentos en que se podría estar jugando mucho, le conviniera. "Que no es para tanto..., que sólo es ropa, ¿qué más te da la que llevas siempre, o ésta? ¿Quieres gustarle..., o no quieres gustarle? Pues claro, reconócelo: de eso se trata, de gustarle, y de que ella se dé cuenta de que quieres gustarle y que vendes tu alma al diablo, al de Zara en este caso, por ella", rumió para sus adentros

mientras decidía si la sacaba del armario, o no. "¿Y si le gusto más, de triste empedernido...? ¿Pero cómo coño le vas a gustar más de muermo, que con algo más alegre como lo que, ahí, delante de tus ojos se te ofrece? Que no vas a un mitin para exigir "iiiBases, no!!!", que eso sería cuando fueras joven, macho, que vas a camelártela y no para un día ni dos, que ya estás coladito por ella y hasta planes de un posible futuro has estado haciendo, ¿o te crees que soy tonto? No callarás, no, joder qué pesado. Vale, que sí, que tienes razón, que Celia es mucha Celia. Me has convencido, me pongo esto más moderno. ¡Uyyy...!, si me vieran mis amigos vestido de pijo... Pero si tú no tienes amigos, si son todos conocidos, y gracias, de cuando os apuntáis los cuatro de siempre a salvar el mundo en las escaleras de la Diputación. No me hagas hablar..., no me hagas hablar...". Al final, Celia, ganó, y se puso el conjunto moderno con el que... ni se veía, ni estaba acostumbrado.

El espejo, le fue devolviendo en sus 360º, imágenes de sí mismo que si le chocaron algo al principio, enseguida se fue gustando un poco más con aquella ropa que aún le seguía cayendo como un guante, porque como no se había adelgazado en todo ese tiempo..., pues que como recién comprada. Por fin, parecía un señor que tuviera 60 años, y no los 10 años más que aparentaba con su ropa de existencialista. Y se vio bien. "Y Celia..., ¿qué estaría haciendo?", se preguntó. Supuso que nada especial, porque para ella sería un día normal. "¡Ay..., Señor!: con mi edad..., y no soy más que un puto pipiolo enamorado", se lamentó impotente.

Celia, 56 años, separada, traductora, bien conservada y partidaria de cuidarse para llegar a muy mayor en buenas condiciones, se había precipitado en un descuido, contra su fondo de armario. "¡A tomar por culo tanta ropa deportiva!: si estoy buena..., se me tiene que lucir", se exigió a sí misma mientras repasaba todo el vestuario cómodo, todo muy cómodo, eso sí, pero para esos días en que no se pretende gustar a nadie en concreto. Hoy tocaba gustar, atraer y excitar. Volver a sentirse joven. Y mientras iba mirando prenda tras prenda, cantaba recordando la música discotequera de "Jamón, jamón": "Éxta sí..., éxta no...", y elegía o desechaba en función de la letra de la canción que hacía coincidir con sus gustos del día. Cuando ya se le acabó la música en la cabeza, había elegido cinco combinaciones distintas que ponerse. Y las ordenó sobre la cama, por este orden: de la más osada..., a la más elegante, eligiendo al final la del medio, donde se suponía estaba la virtud. Dejada sobre la cama que ya se había hecho nada más levantarse, sacó del sinfonier unas bragas y un sujetador que no fueran de los Decathlon porque hoy quería ir vestida de mujer por fuera y por dentro y, con ellos, se dirigió a la ducha.

"¡A mi izquierrrrda..., Ja-viérrr... Mo-nárre!!, 74 kilos, jubilado...; y a mi derecha... ¡Zzzelia Gárrz-zíaaa...!, 64 kilos, sol...téaaa practicante..., que se enfrentarán en un singular combate cuerpo a cuerpo y sin respeto a las normas porque en el amor, sólo una existe: que el fin, justifica los medios". Evidentemente, el imaginario speaker de ese combate, se había

venido arriba. Perdonen, sigo.

"No, no, Fernando, no me prepares nada todavía, que estoy esperando a una persona. Buenos días, perdona", dijo nada más entrar Javier en "Casa Amparito", cuando aún eran sólo las 9:20 de la mañana.

"Parece que hoy, el cierzo se ha tomado fiesta, ¿no, Javier?", le dijo el camarero interrumpiendo su acto reflejo de verle entrar y girarse hacia la máquina del café.

"Hoy puede ser un gran día. Yo, al menos..., así me lo he planteado. Me espero aquí en la barra hasta que llegue..., Celia", dijo Javier.

"¿Celia?", preguntó el camarero fingiendo abstraerse únicamente en limpiar la barra con una bayeta.

"Sí, Celia, una chica que vino ayer y que se sentó en la mesa de al lado, en la que yo estaba escribiendo. ¿No te fijaste?"

"No..., no..., no me fijé. Veo que trae la carpeta y los folios. ¿También hoy hay escritura?", siguió fingiendo el camarero que todo eso no era de su interés, mientras pensaba: "Aquí hay tema: si lo sabré yo, que soy perro viejo".

"No, no..., no los he traído para escribir. Vamos, espero que no. No estaría bien que viniera ella y no le hiciera caso, ¿no?", se excusó Javier.

No llegó a contestar Fernando porque la campanilla de la puerta sonó, y una rubia espectacular apareció por ella. Cuando vio a Javier, Celia abrió sus ojos mediterráneos como para demostrarle que se alegraba de verle nuevamente y lanzó un "Buenos días" para los que allí estaban, que más pareció el brindis de un torero montera en mano, como diciendo satisfecha total: "Aquí estoy yo".

A Javier, sumido en su asombro, le entró una tembladera en las piernas que supuso apenas lo mantendrían en pie cuando intentara levantarse de la banqueta de la barra. Repuesto del shock, se dirigió a ella para saludarla con dos besos y elegir mesa. Todas estaban aún, vacías.

"Joder, Celia..., qué superguapa te has puesto, si pareces una modelo..., iguao...!", le salió así a Javier, porque realmente estaba resplandeciente.

"Y tú, Javier..., tampoco eres el mismo de ayer. Esa ropa..., te queda muy bien. Veo que tienes buen gusto al elegirla así, tan conjuntada. Me gustas, sí", dijo la chica con una amplia sonrisa al verlo a todo color.

"¿Qué va a tomar la señora?", preguntó Fernando cuando acudió a la mesa donde se habían sentado, portando una sonrisa a medio mostrar porque estaba seguro de que su cliente habitual..., era ya hombre muerto.

"Lo mismo que Javier", dijo ella mirándole retadora a los ojos para indicar al camarero su determinada decisión sin derecho a réplica, y que era: "Manda Javier..., ¿pasa algo?".

"O.k.: pues..., dos cafés con leche y dos croissants, pasados ligeramente por la plancha". Ella, asintió con la cabeza y la mirada mantenida firme en él, así que el camarero se fue para la barra con su burlona sonrisa borrada.

"¿Qué tal, Javier..., has dormido bien esta noche?", le preguntó Celia.

"¿Lo dices por el viento, o por otra cosa? ¿Acaso tú no has dormido bien, tampoco?", le respondió Javier con complicidad, deseando que ella no hubiera podido dormir por parecidos nervios a los suyos.

"Yo creo, Javier, que como somos ya mayo..., bueno, que tenemos experiencia de la vida y que, por tanto, no deberíamos andarnos con rodeos y aceptar las cosas que quieren serlo. Y... ¿cómo quieren, en mi caso...? Pues resulta que me sentí ayer muy a gusto contigo, que creo que tenemos cosas en común y que me han entrado unas ganas enormes de compartir con alguien, mi vida, y dejar ya de pensar sólo en mí. Quiero que, también, alguien piense en mí, y yo en él. En su casa, o en la mía. Y salvo que con el roce no surja el cariño, tengo la intuición de que podrías ser tú, esa persona. Por eso estoy aquí, además de porque esté intrigada con tu novela, porque es que yo sería incapaz de imaginar otras vidas que no fueran la mía. ¿Crees que estoy yendo muy deprisa, o que me paso de sincera?", le dijo Celia mostrando de golpe todas sus cartas sobre la mesa.

"Así que, no, no he podido dormir con todo esto, por miedo a que no pudiera sucedernos por la indecisión de uno de los dos, si es que sentimos lo mismo que creo que sí, pasándonos esta oportunidad de conocernos más.

Tampoco iríamos engañados a esto que podríamos iniciar, sabiendo como sabemos que no es fácil porque supone recomponer rutinas, manías, intercalar familiares, amigos, conocidos..., convivir con pelos nuevos en el lavabo, con nuestras miserias fisiológicas, y hasta de psiquiatra, viejas novedades todas ellas a las que ya no estamos acostumbrados. Sobre todo porque nos las encontraríamos de golpe, y no en un proceso muy largo de asimilación como ocurre con los matrimonios

entre jóvenes. ¿Qué opinas tú?", concluyó Celia.

Javier, a pesar de que había oído lo que deseaba oír, no salía de su asombro ante la determinación con que la chica le había expuesto las cosas, sin ni siquiera envolverlas para regalo. Así que se quedó callado un momento, y mientras pensaba una respuesta razonada también aunque sin querer exponerla con tanta alegría como la que sentía por dentro, cogió los folios y se puso a colocarlos todos bien puestos e igualados en cada montón. Una ceremonia ridícula para ganar sólo un poquito de tiempo antes de decir nada que pudiera estropear ese momento maravilloso.

Celia, con su plato con el croissant y el café con leche delante de sí, dispuesta como estaba a comenzar ese desayuno, se quedó mirando a Javier, esperando la respuesta a su proposición de relación basada en la lógica y en el amor, que vendría éste sucediendo al deseo que sentía y a la pasión que ansiaba explorar a partir de los primeros besos y abrazos.

"Espera, Celia, espera que salga de este estado de gracia en que me has puesto con tu planteamiento casi científico sobre lo que yo, igual que tú, también deseo. Mi respuesta, antes de de nada, es que sí, que quiero explorar contigo una nueva vida porque la que llevo, se me hace insoportable. Hay una gracieta que se cuenta por ahí, que dice: "La Soledad es la mejor compañía, sobre todo, si está buena". Y en el caso de que estemos hablando de una mujer así llamada, creo que tiene razón. No tanto por lo buena que pueda estar, que también, sino por compartir. Yo creo que, ahora, al escribir estas hojas que ves, lo que pretendo es compartir con mis lectores la parte de mí que está en ellas. Pero sólo es un remedo, un desahogo, una ficción de lo que compartir supone.

Es, en mi caso, poder querer más aún, que ser querido. Y ser querido más de lo que yo pueda querer. Y compartir además, todas esas realidades que estarán ahí como tú bien has dicho, aunque no todas nos sean necesarias. Sólo es que esas, las innecesarias, serán inevitables. Es un reto, qué duda cabe pero, yo, lo acepto gustoso a partir de este momento. Aunque antes, tendrás que leerte este contrato que he comenzado a escribir, a ver si todas las cláusulas te gustan. Y vamos a empezar a desayunar, o se nos enfriarán estas cosas tan ricas.

Estás..., muy guapa, Celia, que lo sepas", concluyó Javier.

"Tú, también, vestido de..., vestido así. ¿Me dejas tu novela, y te leo mientras desayunamos?", dijo Celia intentando contener su felicidad: ambos, se estaban dando la oportunidad de mejorar sus vidas sólo con que se lo propusieran desde la experiencia que de ellas tenían.

"Toma, échale un vistazo si quieres. Con un poco que leas..., creo que ya te harás idea de qué va el tema", y Javier le empujó las hojas escritas

hacia donde ella las podía leer. Celia, comiendo o bebiendo, estuvo en silencio mientras leía las páginas como abstraída de todo lo demás, incluidos Javier y desayuno.

Hacía rato que los cafés con leche y croissants de ambos ya habían desaparecido pero, Celia, seguía enfrascada en la lectura pasando hoja tras hoja como si se hubiera olvidado del autor, o si tratara de detectar las huellas de su personalidad por entre las frases alineadas en paralelo que llenaban cada página, y saber con quién estaba tratando antes de dar un sí quiero comprometedor.

Javier, mientras, esperaba mirándola sin creerse el cambio de rumbo que podría dar su vida en esa mañana. Al poco de llegar a la última hoja, Celia, levantó la cabeza con actitud seria, y se le quedó mirando hasta que dibujó una sonrisa de satisfacción: "Es muy buena, Javier, me gusta mucho lo que has escrito y me has dejado ahora enganchada a tus personajes. Ojalá tengan suerte y les des un buen final. Todos nos merecemos un buen final, ¿no?", terminó Celia con ese deseo colectivo.

"¿También nosotros?", le preguntó él.

"Pues sí, si nos lo sabemos ganar. En nuestro caso, no dependemos de la voluntad de nadie que esté escribiendo nuestras respectivas historias, tanto de forma individual..., como si acabamos sumándolas. La sinergia comienza cuando $1+1$, suman más que 2, y que no es como nos lo enseñaron de pequeños. Nosotros escribimos sólo una parte de nuestra vida, la que podemos o debemos manejar. La otra parte..., depende de las circunstancias. Yo firmo por la sinergia y apuesto por la felicidad que, aunque no tiene por qué ser costosa, tampoco es fácil de obtener", le iba diciendo Celia mirando a los ojos de Javier, fijamente. Él, no miraba a sus ojos, sino que trataba de discernir si aquél azul con el que ella contemplaba el mundo, era de algún mar..., o del cielo. Tenía que admitirlo: se había ya enamorado de ella y de su visión analítica de ese sentir tan poco razonable al que llamamos, amor.

"Vale, Celia, yo, también apuesto por la sinergia. Supongo que el proceso será que nos vayamos conociendo un poco más cada día, como una especie de noviazgo para ver que, realmente, esto que sentimos no es un espejismo y, si superamos esta primera etapa, pues nos podemos plantear el vivir juntos, y a ver qué pasa en la etapa segunda que será más de tocar con los pies en el suelo. O sea, la vida real en pareja. Un poco de vértigo a lo desconocido, sí que me está entrando ahora que me había resignado a esta vida en solitario que no la elegí yo.

Pero también tengo esperanza. Somos adultos, pero no viejos y me hace ilusión que nos pueda salir bien porque nosotros queremos que nos salga así. No va a ser como tirar los dados de póker a ver si nos salen dos ases y quedarnos con la partida. ¿Ves igual que yo ese proceso, y te

atreves con él?", preguntó Javier.

"Sí, es así como yo también lo veo. No podemos perder el tiempo, pero tampoco correr. Un noviazgo, tú lo has dicho, y no hará falta que sea largo porque enseguida veremos si necesitamos entrar en la segunda etapa, o no.

Un poco de ese vértigo que has dicho, también siento yo. Amoldarnos a la vida en común y lo de ver también calzoncillos donde hasta ahora sólo había bragas..., resume muy bien todos los cambios que tendremos que afrontar. Vale, metámonos en la primera etapa. ¿Cómo lo hacemos?, tú que les orientas sobre estas cosas a tus personajes", dijo Celia con una amplia sonrisa. De momento, dejaba que él marcara el rumbo.

"Mi primer impulso era invitarte a comer, hoy mismo. Pero no, creo que es mejor que comamos cada uno en nuestra casa, lo meditemos un poco, puede que se lo diga a mis hijos que me voy a meter en esta aventura..., y si no tienes nada mejor que hacer esta tarde, podríamos ir al cine y después, además de comentar la película, hablamos de lo que hemos pensado durante la comida, para ver si confirmamos este sí de ahora. ¿Te parece, Cariño?", le dijo cogiendo de la mano a Celia.

El contacto de sus manos, y esa expresión agradable pero algo cursi de "Cariño" que hacía tanto que nadie se la decía..., la hizo estremecer.

"Ya sabía yo que, ahí, había gato encerrado", musitó Fernando que había seguido los escasos movimientos de la pareja mientras les duró su conversación y que habían terminado haciendo manitas.

"En el Palafox, ponen a las siete una de Woody Allen, y con unas muy buenas críticas. Después, podemos ir a tomar algo por El Tubo, o en la calle Cinco de Marzo. Hoy, no quiero irme a la cama temprano, así que podremos hablar todo lo que quieras. Lo malo es..., si tienes que estar mañana aquí, a las nueve y media, como cada día para que no se paren las vidas de Maruja y Rafael, como si fueran nuestros alter ego. No quiero que dejes esa actividad tuya y, menos, por mi culpa. Espero ser compatible con ella", terminó Celia con esa ironía..., o un aviso para navegantes.

"Vale, te paso a buscar por tu casa..., ¿a las seis, y nos tomamos un café en Las Vegas, antes de la película? Ya te llamaré después de comer. Y serás compatible con mi novela, no te preocupes, el día tiene 24 horas y da para mucho. Sobre todo a mí, que estoy jubilado. Y sí, me parece bien Woody Allen. También hay una de Tarantino que la tengo en mi lista. Para otro día si no te importan los muchos muertos de mentiras de las películas de este hombre ¿All right?", se aseguró él.

"Zustimmen", contestó, y se echó a reír viendo la cara de Javier que no sabía que le había dicho. Y le aclaró: "De acuerdo, en alemán".

"Pues por hoy..., la novela ésta, se queda en paro. Es que quiero empezar otra con una protagonista muy guapa, de ojos azules y pelo de erizo de las nieves, que pinta muy bien la historia que ya imagino. No podrá ser toda esa historia tal cual yo quiera, pero me temo que me quedará bonita. Anda, vamos a pasear un poco, hoy que no hace cierzo. Podríamos atravesar el Ebro caminando por el puente de Piedra, que hace mucho tiempo que no he recorrido esa parte de su ribera, y te voy contando la sinopsis de mi nueva novela para ver si te gusta", le dijo mientras ambos se levantaban de la mesa. Celia, fue hacia Fernando y pagó la consumición, despidiéndose de él y de su sonrisa torcida. No sabía por qué, pero el tipo ése..., no le caía muy bien.

En invierno, Zaragoza muestra su cara amable con la gente, si el sol luce y el cierzo está en alguno de sus días libres. Un matrimonio mayor, muy mayores, se cruzaron a paso lento con Celia y Javier, llevando el hombre colgada de su mano una pequeña bandeja de pasteles. Nuestros amigos se miraron y Celia preguntó:

"Tú..., ¿te ves, así?"

"Sí, ¿por qué, no? Pero dentro de muuúchos años", dijo sonriendo. Y, cogiéndola por el hombro, la apretó contra él.

F I N